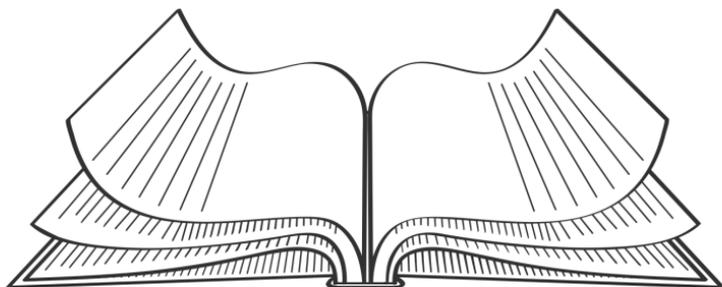


PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

MAYO-JULIO
2017





PRETEXTOS LITERARIOS --- POR ESCRITO

porescrito.org



ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Arte poética I	6
Poema para una refugiada enferma	7
Intervención sobrenatural	9
Noche estrellada	10
La mirada	11

FIRMAS

Afrodita empolvada	12
ANDREA FISCHER	
Sequía	15
ANDREA FISCHER	
Poema interactivo	17
HÉCTOR ENRIQUE GONZÁLEZ	
En casa del jabonero	19
CECILIA DURÁN MENA	
La mujer del caníbal	24
MARÍA ELENA SARMIENTO	
Poética	26
YAMIL NARCHI SADEK	

IMAGINARIO	28
VOCES	
Esas noches	41
Sólo cenizas	42
La venganza de la caja de chocolates	44
El oso verde.....	45
Insaciable y muerto	47
Mis laberintos	48
Ahí estaba	50
La mujer y los espejos	51
Asesinos	52
Un día de estos.....	54
Black Bird.....	56
Luna terrena (fragmentos).....	57
Vislumbrar.....	58
Y entonces, <i>Helena</i> se hizo presente.....	60
Pereza vegetal.....	62

HABLANDO POR ESCRITO

Piensa en lo que escribes.
El modo de escribir es el aliño del alma

Séneca

Estamos rodeados de poderes intangibles, de espíritus que habitan nuestro entorno, de autos de fe, de reglas y modismos que nos dan identidad. Algunas veces somos conscientes de estas presencias y, la mayoría, nos pasan desapercibidas. Es curioso cómo estos entes nos habitan, nos dirigen y nos resultan transparentes. El placer, la edificación espiritual, la obtención de conocimiento están ahí, flotando ante nuestros ojos, esperando su turno para ser percibidos, y pueden pasar vidas completas sin que lleguemos a descubrirlas. Que no las veamos no significa que no existan. El privilegio del ser humano, por encima de cualquier criatura de la Creación, es que ha logrado materializar lo invisible a través de la palabra. Ahí radica la importancia de la palabra escrita.

Séneca nos instruye: piensa en lo que escribes. El consejo no es menor. La palabra descubre el telón que nos impide ver lo incorpóreo. La selección de lo que queremos decir es, en realidad, aquello que elegimos para ser mostrado, para ser revelado. La reflexión va en torno a lo que queremos comunicar. El propósito que buscamos al ordenar ideas y expresarlas por escrito para transmitir las con originalidad usando un lenguaje común es ponernos en contacto. Hablarnos por escrito es contribuir a la memoria colectiva, es derribar los muros del tiempo y el espacio para comunicarnos. Así, según Séneca, lo importante al escribir es lo que quiero decir. No se trata de derramar letras sobre el espacio blanco para que sean presentadas en forma correcta, sino sentir las palabras. Emocionar en forma tal que se rompan las barreras entre el que escribe y el lector.

El escritor artificioso que se encarga de hermostrar las palabras y descuida el sentimiento es, según Séneca, como un ser atildado, perfumado, de los que no se puede esperar nada sólido. Un texto que se detiene en las estructuras y los cascarones, desatendiendo el mensaje es como quien tiene el ánimo ocupado en lo pequeño y se olvida de lo trascendente. Escribir se ha de llevar el alma.

En este número, hemos puesto gran esmero en convocar esos poderes intangibles que escapan de una pluma o de un obturador para crear mensajes. La sección de Voces está dedicada a la producción de los alumnos del Centro de Creación Literaria Xavier Villaurrutia, pues creemos firmemente que los programas de iniciación artística y apoyo a la creación literaria que implementa el INBA merecen un camino que lleve a esos textos al agradable encuentro con esos ojos dispuestos a recorrer renglones. Estos escritos tenderán redes para atrapar lectores y no dejarlos ir.

Como nos aconseja Séneca, buscaremos causar un efecto al que nos lee. Tenderemos líneas de consuelo, trazaremos rayas de estímulo, dibujaremos ensueño, buscamos los alientos del entretenimiento y la diversión, asustaremos y provocaremos risas. En este Número siete, hemos asumido el compromiso de presentar un testimonio de creación artística a través de las letras y las imágenes. Ésa es nuestra intención. Eso fue en lo que pensamos al editar este ejemplar.

Si el modo de escribir nos va a dar el aliño del alma y a través de nuestros escritos vamos a revelar cuáles son los espíritus y potestades que nos habitan; si los poderes intangibles que nos rodean serán materializados a través de nuestra escritura y si los que aquí participamos, hemos invitado a nuestros mejores vocablos para darle potencia a nuestro escrito, así con este ánimo y con la intención de atraparlos y no dejarlos ir, entregamos este esfuerzo de difundir el poder de la palabra.

La Editora General

ARTE POÉTICA I

DE JORGE LUIS GONZÁLEZ

Calmar la sed con arena del mar, frente al mar, el avance no
[abrevia la ilusión que separa cuando
no hay más que reflejo.

Reflejo de una soledad que nace cuando la aguja hiere tras disolver
[la sangre, el sol dora las
entrañas que expuestas claman al festín, el camino prende
[las uñas en los pies dolidos de
rondar espirales laberinto en busca del descanso.

Encontrar la guarida de un mundo en expansión apenas escondrijo,
[volver la mirada para
recobrar herrumbres o un álbum ambarino, es tropezar
[los pasos de la hora funesta o
saltar sobre la grieta erguida en pasadizo de infortunio.

La memoria de la ficción trascenderá en olvido; la retórica
[bifurcará el sentido en encrucijadas
de inexistencia; el eco irá confundiendo las “cuatrocientas
[voces” del pájaro pardo y
albino con el canto del “pájaro yo”.

Entonces, ¿para qué surcar rumbo ya sin infinitos? ¿No es suficiente
[vivir desterrado, sin amigos
ni terruño?

Tras el profuso ayuno desierto, enloquezco, vuelvo la mirada al
[espejo, mi alma rodada en sí
misma se ofrece, envuelta en misterio; y sin poder evitarlo,
[esta boca, cigarra en tornasol
de tinta, vuelve la mirada al devenir de la hoguera para
[retarla con palabras de piedra que
fincan murallas o versos de soplo que mueven tempestades.

POEMA PARA UNA REFUGIADA ENFERMA

DE ALEJANDRO H. MONARRES

For Maya

Yo quiero decirte, niña de luna, niña de nieve,
que bajo la carne hay una tragedia que aguarda,
una tragedia latiente
en espera de ser iniciada
como los cuerpos bajo la nieve.

Hoy quiero decirte, niña de fragua, niña de nieve,
que en tu carne hay más horres
que en los colores de los que escapas:
el blanco descompuesto y frecuencias de luz.

Yo quiero decirte, niña de agua, niña de nieve,
que resistas, que te quedes pálida solo hoy
solo en la imaginación. Si a tu casa
el terror supo entrar, hoy a tu cuerpo
enfrentalo como a un animal.

Si supiera rezar, rezaría,
no para encontrar a Dios:
para alejarte de las elegías
para encontrarte, siempre en la nieve,
tomar flores de esta tierra
para entregártelas, como un ramo de sol
y decirte que aún llueve:
si no duermes, la sangre quedará en el corazón

(en nuestros hogares nunca más)

Si supiera rezar, lo haría a solas,
como tú encuentras a un Alá distinto
del de los hombres que visten de negro.

Si supiera rezar, rogaría por tu carne,
como una madre pidiendo encontrar
a su hijo muerto,
como la novia a su amante.

Yo quiero decirte, niña, ave,
que la carne es terrible,
que ahí aguardan todos los horrores,
meine Vogel,
my dearest,
my little bird in the window.

Sigue venciendo a la nieve,
sigue desafiando al frío,
niña,
niña de luna,
niña de agua,
niña de fragua.
Si supiera rezar, lo haría por ti y por tu carne,
lo haría en un poema.

INTERVENCIÓN SOBRENATURAL

DE MILTON ARRIETA LÓPEZ

Te vi madre tierra en aquel pálido otoño,
llena de felicidad y calma,
moviéndote despacio entre las hojas marchitas,
mientras suspirabas por las que vendrían,
en esas ficticias primaveras que ya se te han hecho normales,
en las que biocidas y transgénicos prescriben los nuevos ciclos,
dotándolos de un verde mutante,
que se impone por la fuerza muy adentro de tus antiguos cauce,
mientras tanto yo me multiplico como plaga y te manipulo con
[delirio.

Madre, madre tierra,
vertiginoso fue tu derrocamiento,
creo que aún no te has dado cuenta,
pues sigues intentando gobernar lo ingobernable,
con la honda paciencia de las épocas.
Madre, madre mía,
ya no son tus designios,
ahora son los míos.

NOCHE ESTRELLADA

DE HÉCTOR ÁVILA CERVANTES

Cuetzalan

Puntos infinitesimales dibujan
la noche inconmensurable,
blancos sobre el vacío de un retorno
que no ocurrirá, luciérnagas volando.

El bosque indefenso se inclina a beber
del sombrío reflejo bajo la lluvia,
puntos que caen en la umbrosa pesantez
de la profundidad ilimitada.

Una herida sobre su piel punteada,
cuñas rojas pintan la noche sin dolor
y una caricia colorada brota,
surge al fin la zarpa de cinco puntas.

Es el colorín que florece debajo,
dentro la noche, una tras de otra,
son cientos de espadas, estrellas que nacen
y dan lugar a una galaxia de amor.

LA MIRADA

DE ALBERTO IBARROLA OYÓN

Cansada mirada atrás
hacia los viejos amigos
y las terribles palabras
resuenan en tus oídos.
Asustado, solo, muerto,
creyéndote en el olvido,
recordaste antiguas vidas
que ya fueron en un siglo.
La impaciencia atenazaba
y caían los gemidos
como las auroras blancas,
todas blancas de rocío.
Si la amistad perdurara
como un añejo buen vino,
no existirían reproches
sentidos por el amigo,
dedicados, furibundos,
hacia su nuevo camino.
Supongo que te ofendieron,
no fueron nobles contigo,
en tu tristeza se observa,
bello corazón cansino,
que asumes esa mirada,
de sinrazones imbuido.
No ignoras que sucumbiste
al dulcísimo extravío.
La risa no es para ti
que padeciste el olvido.
Fue, como el de un perro loco,
camino siempre perdido.
Ser errante es tu condena;
solo la noche es tu abrigo.

AFRODITA EMPOLVADA

DE ANDREA FISCHER

I

Desnuda. Desnuda frente a un espejo vacío, en un cuarto sin luz y con una ventana abierta. Una ventana abierta que filtra la luz borrascosa de los días que empiezan en las ciudades sobrepobladas. Las ciudades de luces infinitas que se prenden y se apagan, eternamente solas y despojadas de sí mismas. Y ella está ahí, en esa ciudad de luces incipientes y espejos que no reflejan nada, completamente blanca, cincelada, barroca, suave, curva.

Desnuda.

II

Un cuarto que podría ser cualquiera en Hiroshima o en la Ciudad de México. Un edificio viejo que destila humedad. Una mañana fría de otoño, y las cortadas necesarias del viento contra la fachada de ladrillos, cada vez más sucios, cada vez más vueltos en sí mismos. Se escucha el murmurar difuminado de los que rentan, aislados unos de otros: ensimismados en historias no-contingentes, no-comunes, no-interpersonales. Un edificio, y todas las ventanas cerradas.

Menos una.

III

La progresión de azoteas que no termina, y las nubes que se siguen precipitando hacia arriba, perdidas. Los grafitis tatuados en paredes ajenas, la suciedad comunitaria y la falta de cuidado a las banquetas públicas. Todo esto fugándose entre las cortinas de los vecinos en el edificio de ladrillos ennegrecidos por el tiempo: ésas que no tocan el exterior porque los vidrios las protegen, las aíslan, las entumecen. Ésas, que dejaron de palpitar. Ésas que ya



DESNUDA ENTRE LOS LADRILLOS
Alessandra de Zaldo

no sienten.

Y sólo una, que permanece sin vidrios, ante el público indiferente.

IV

Tantas arañas, tantos insectos, tantas mariposas homicidas que se entrometen en las vidas de los demás. Tantos ojos inconscientes que miran más de lo que deberían, que hablan más de lo que saben, que no pueden guardar silencio. Pero ella se mantiene firme en su postura de mármol, volviendo la espalda a la audiencia de la que nunca escuchará aplausos, con las manos sobre su propio seno, con la indiferencia de los sabios excluidos, cincelados, perfectos.

Sólo le preocupa el espejo, que sigue sin reflejarla.

V

Desnuda. Seguirá desnuda. Desnuda ante el espejo, desnuda frente a la caravana cosmopolita de azoteas, de vidrios, de insectos, de nubes irresolutas y de voces que no la escuchan. E invisible. Invisible ante todos ellos, a quienes decide dar la espalda. Darles la espalda para mirarse en un espejo que no la refleja, y del que no retira la mirada. La misma mirada de siempre, que no cambia, completamente blanca, cincelada, barroca, suave, curva.

Desnuda.

SEQUÍA

DE ANDREA FISCHER

I

Llueve. Llueve alrededor suyo, pero no encima de sí. Las hojas de los árboles tintinean con las primeras pinceladas del otoño, y aun así llueve. Llueve a intervalos, como un disco rayado que insiste en ser escuchado. Llueve del otro lado de la ventana, y también afuera, desde los escalones de cantera donde observa todo suceder, en silencio. La escalinata está fría, y las sombras se homogenizan bajo el manto conciliador de las nubes gruesas, pesadas, oscuras. Está solo bajo el viento: se mira los zapatos deslavados por el uso, y pretende no fijarse en los granitos de arena que tiene incrustados en la superficie, casi por casualidad. Entonces recuerda las olas, y un eco doloroso le da una bofetada salada.

II

Son las olas añejas por la distancia que lo llaman nuevamente. Es casi instintiva la manera en la que vuelven las imágenes del agua fría entremezclándose con sus pies descalzos, en que se desmoronaba un poquito con cada ataque discreto de las olas, en que se vaporizaba un poco más con la sensación sonora de las burbujas blancas tronando sobre su piel. Suave, suelta, solvente, salada: lo conocían tan bien que les tuvo miedo. Corría hacia ellas, y ellas le volvían la espalda. Para cuando él se daba la vuelta, le habían llegado por detrás y terminaba con la espalda húmeda. No había gabardina que lo privase del envite susurrante de las olas, eternamente más sutiles, más sonoras, más sagradas.

III

Sequía. Sequía por la lejanía. Sequía por la ausencia. Sequía por los rizos azules que se tiñen de rojo con el atardecer dorado. Sequía por

la arena removida. Sequía por las huellas deslavadas. Sequía por los brazos vacíos, los pies desterrados y los puños apretados. Sequía para las calles empedradas, sequía para las nubes, sequía para sus labios entrecortados que piden a gritos un pedazo de mar. Sequía que se desliza por el interior de su nariz. Sequía en su mirada, perdida en los vidrios rotos de una ciudad que no le dice nada. Sequía ambivalente, sequía en los cielos, sequía sobre las fuentes que no dejan de murmurar. Sequía por los ciclos inconclusos que no se cerrarán nunca. Sequía en la distancia. Sequía en la sequía.

IV

En medio de la lluvia, recuerda. Se fija en los patrones desiguales de la tierra, que se remueve sólo un poco con cada impacto discreto de la lluvia que insiste en caer. El susurro de las fuentes de cantera se mimetiza con los pasos sobre la escalinata, y el entumecimiento general del exterior le adormece el pecho. Escucha en silencio, tratando de mezclar su exhalación profunda con el ritmo adormecido de la ciudad retraída, y entonces le viene nuevamente el nombre que el mar se llevó. Retoma la sequía de todos los años pasados después del mar, y prefiere reservarse la mancha oscura que crece dentro de sí desde entonces. La ciudad ignora, y con ella, él prefiere hacer lo mismo.

Sequía.

POEMA INTERACTIVO

DE HÉCTOR ENRIQUE GONZÁLEZ

El presidente dice haber encontrado

a) armas en Oriente b) narcos en Jojutla
dispuestos a desatar el fin del mundo.

Así que toma sus decisiones

-a) cerrar la frontera b) abrirle el puente de la duda
a la duda más escéptica-
con una soltura moral envidiable.

El presidente es una persona honesta que no cree en

a) atentados turbulentos b) misteriosos enemigos
nimbados de ultraísmo.

Por ello, asiste siempre a cocteles donde

a) la calma es relativa pero incuestionable b) la gente es elegante
y no duda en apoyarlo
(de así convenir a sus intereses).

Es un arbusto de heces el supremo mandatario, eso sí no hay quien lo

a) dude b) soporte.

Satisfecho y orondo, eufórico y sutil, le da las nalgas

a) a su padrote en turno b) al que le diga cómo salir del hoyo.

No es una mala persona, el presidente, sólo que

a) está perdido b) nadie niega su nulidad sin lamentarlo.

Pero sabrá librarnos de haber nacido

- a) en un mundo infestado de
 - a') inmundicias
 - b') mendacidades
- b) sin mejor noción de amor a la Patria que
 - a') la extranjería
 - b') la certeza de que Dios nació en *My Goodness!*

Y entonces nadie hablará mal del presidente, ni

- a) sus más entusiastas aduladores
- b) quienes siguen negociando por lo bajo.



EN CASA DEL JABONERO

DE CECILIA DURÁN MENA

Al atardecer, tres ángeles atravesaron el pueblo y se fueron a sentar en el pórtico de la casa del jabonero. Hicieron dos pilas de piedras: una al lado izquierdo de la puerta principal, otra al lado derecho y una más a tres metros de distancia, justo frente a la puerta. Cuando acabaron su trabajo, se sacudieron las manos. El sol de la mañana ya había salido y entonces, el Dios del Cielo y la Tierra dejó que la lluvia cayera y lavara las piedras. En el ambiente se escucharon, entre los aleteos de los que han partido, unos murmullos: el que las honra las palabras y cumple la promesa dada será recompensado.

Dentro, la mujer del jabonero se despereza, se lleva la mano a la boca para ocultar el bostezo y salta del lecho conyugal para iniciar la labor. Quisiera quedarse ahí, entre el jubón de las sábanas y los recuerdos tibios de lo que acaba de suceder, pero corre a enjuagarse la boca y a lavarse la cara. No entiende porqué encontró una mancha de hollín en su cuerpo. Se detiene en el reflejo de un rayo de luz y pasa la mano por la piel del cuello que ya no luce tan firme. Se limpia con el jabón tan blanco que le dio su esposo y mira al frente. Sabe que debe ordenar la casa, hacerla menos resbalosa y esforzarse en armonizar la vida para que al llegar la noche, los frutos le llenen las manos y su cosecha no sea tan sólo de viento. Extiende los brazos como si fueran las ramas del cedro y estira los dedos como un viñedo cargado de uvas. El movimiento empieza y todos corren detrás de la cotidianidad.

La abuela se sienta en la mecedora de la esquina y observa sin ser vista. Ella sabe y guarda silencio. Guarda tesoros incalculables de experiencia en el corazón que le permiten adivinar todo sin necesidad de que alguien se lo venga a contar. Se impulsa

con el pie una y otra vez recordando los placeres de la cuna. En una casa próspera siempre se cuenta con la bendición de un viejo. Cierra los ojos. Recorre la bóveda del cielo para arrancar a cada estrella la aprobación especial que ha de dar, uno por uno, a los que ve sin ser vista. Es como un canalito del río que se pierde en el jardín, o como el rocío que sirve de consuelo a las flores. Está ahí, para ser ese hilo de agua que se convierte en arroyo, sigue el curso del río y va rumbo al afluente del mar, del mar eterno.

Los retoños de la vid fecunda, se apresuran a la mesa y comen del fruto del trabajo del jabonero. Llegan como las chispas que encienden el carbón y en sus rostros se reflejan las sonrisas y las inquietudes de los que apenas empiezan a recorrer el camino. En la cabecera, el hombre inicia los alimentos con una oración de gracias por los regalos que le llegaron de las entrañas. Son destellos de su propia imagen, renuevos de su propio entusiasmo. El jabonero se adueña de sus pensamientos y con habilidad termina controlándolos, los somete al aquí y al ahora, antes de que se vayan a pastar por aquellas laderas que provocan la cólera del Señor.

Pero, ya se sabe: en esa casa, el que no cae, resbala. El hombre se detiene a contemplar la brizna en el ojo ajeno sin reparar en la gran losa que lleva a cuestras. Es más fácil mirar al de al otro lado. Arruga la frente y suspira: reconoce que ese ojo es tan parecido al suyo, podría ser el propio, pero es de otro. La forma almendrada, el color oscuro del iris, nada más que aquel es de piel firme y éste ya se arrugó por ver tanto. Sabe que tantas briznas se pueden convertir en un paquete tan pesado como una piedra y grita, pero sus advertencias no se escuchan. La sabiduría se destruye diluida en voces del que no desea sino el bien y no sabe cómo entregarlo. La anciana lo observa desde la esquina y sigue meciéndose al ritmo del pie que ahora toca el suelo y ahora ya no.

La cuentista se asoma por la ventana, eleva la pluma con la intención de revelar sigilos y no se olvida que el que merece

confianza es aquel que sabe guardar secretos. Un testigo digno de fe dice la verdad y corre tras ella con la misma necesidad con la que los pulmones absorben el aire de la tierra. Elige las palabras para contar, pues sin las palabras adecuadas, el corazón se convierte en un granero vacío.

El jabonero la encara: no se te ocurra revelar más de lo que debes. El que toca alquitrán se ensucia los dedos. No conviertas a un amigo en enemigo, recuerda que un adversario no se disimula cuando cae la adversidad. Traspasar ciertos límites es como juntar fierro con arcilla, uno golpeará al otro y el más débil se quebrará. La pluma guarda reposo y el jabonero vuelve a sus pensamientos. Las sombras lo rodean y por un momento los rayos del sol no lo iluminan.

Cavila sobre las pasiones que se encienden en el centro del deseo y que no se apagarán antes de ser satisfechas. El hombre que comete adulterio no se detendrá hasta que la lumbre lo devore. Olvidándose de esos ojos a quienes les prometió fidelidad y tantas otras cosas que habían de cumplirse en la salud y la enfermedad, en lo próspero y en lo adverso. La rectitud que habitaba en el alma del jabonero se malbarató, transformó su plata en basura y su espíritu quedó como vino revuelto con agua.

Sin embargo, la cal pica en las heridas que están vivas. Hay tres cosas a las que les teme y una cuarta que le espanta: el rumor que se extiende por el vecindario, la multitud amotinada y esa acusación. La cuarta es un dolor íntimo, es la angustia que provoca el apetito por la piel prohibida. Es la ambivalencia que se arraiga en la aventura: la potencia apasionada y la sensación de ser una planta sin raíces. En su favor, se dice para justificarse, que él no la andaba buscando. Se encendió, de igual forma como los árboles secos del desierto se prenden cuando les cae un rayo encima.

Es esa mujer malvada que trajo el yugo suelto. Es tan arriesgada que cortó la tela del escote y se alzó un poco las faldas.

No hubo forma de alejar la mirada de ese cuerpo. Siempre supo que su presencia era tan segura como traer un alacrán enojado en el hueco de la mano. Falló la medida. Ambos aprovecharon esa mutua complacencia. El jabonero se sintió como un viajero sediento en su presencia y, aunque tuvo miedo de sus propias carnes, se entregó cegado por sus pasiones. Descorrió el pestillo, se abrió la cerradura y la curvatura de aquellas caderas transformaron la rudeza un jabonero en delicadeza, gracia y encanto. Ahora, ¿cómo va a poder remediar el deshonor?, ¿cómo se borra ese insulto? Al sacudir el cedazo caen las mugres.

El viajero sediento abrió la boca y bebió del agua de un manantial prohibido. Se le llenó la garganta de sal. El jabonero anda con el rostro sombrío, camina como si trajera guijarros en las sandalias, como si caminara por cuevas arenosas. Anda con el corazón apenado y la cara larga, va con los brazos caídos y las rodillas vacilantes. Oculta la herida que trae en las cavernas del alma. La travesura se convirtió en una multiplicación inexplicable de cólera, amargura y culpas. Los impulsos se salieron de control, los arrebatos tienen consecuencias que no son visibles a primera mirada. Se ve las manos y las siente llenas de hollín. Esos dedos mugrosos que repasaron la piel ajena, acaban de recorrer la de su propia esposa en el tálamo marital, quisiera arrancarlos uno a uno.

El jabonero corre a la pila de cantera que recoge la lluvia clara. Elige el jabón más blanco que fabricó con arduo empeño y se talla las manos con energía. Cepilla las palmas, las muñecas, los antebrazos hasta llegar a los codos. Se mete de medio cuerpo para enjuagarse. Espera que con la espuma se vaya el escozor que lleva en el alma. Siente un hoyo en el pecho por el que se le va escurriendo todo el sentimiento, es como una fuga de agua que no se puede detener con un tapón de corcho.

Sobre aquel lecho ajeno se despertó un cuerpo desconocido. Hasta entonces entendió lo que era estar dormido

y despertar. Corrió como gacela sobre esa piel desnuda y entró sin que ningún centinela le impidiera el paso. Recorrió, palmo a palmo, el fruto prohibido, buscó y encontró. En la última mordida a la manzana tan dulce, se abrieron los ojos y cayó la venda que cubría los ojos. Escuchó con claridad la sentencia: por haber comido del árbol clandestino, entenderás el dolor de las espinas y los cardos.

Al atardecer siguiente, la familia está dentro, tranquila alrededor de la mesa. Una vez más, tres ángeles atraviesan el pueblo y se van a sentar en el pórtico de la casa del jabonero, cada uno junto a las pilas de piedras: a uno al lado izquierdo de la puerta principal, otro al lado derecho y uno más a tres metros de distancia, justo frente a la puerta. También la cuentista aparece por ahí, sentada. El jabonero siente el llamado. Sale a la entrada de su casa con la mirada arrastrando el suelo. Lleva encarnados sus temores: el rumor que se extiende por el vecindario, la multitud amotinada y esa acusación. La cuarta, la que le espanta es un dolor íntimo: es la angustia de la carne que se sigue despertando ante la presencia que le fue prohibida. ¡Yo no la busqué!, grita y extiende los brazos, dejando expuesto el pecho.

El jabonero los mira, y espera a ver quién puede lanzar la primera piedra.

LA MUJER DEL CANÍBAL

DE MARÍA ELENA SARMIENTO

Cada vez que un barco atraca en el puerto de Suva, yo espero con ansias la llegada de los camiones de turistas que se dejan venir a mi pequeña aldea para conocer nuestras costumbres, tradiciones y forma de vivir. Los varones se preparan con sus faldones largos hechos de palma y su pintura de guerra tanto en el rostro como en el cuerpo. Esgrimen sus gestos más fieros ante las miradas fascinadas de los espectadores, quienes no tardan en disparar sus cámaras, aún antes de descender del vehículo en el que llegan.

Las mujeres, como siempre, nos quedamos atrás sonriendo, saludando, siendo femeninas, como todos esperan de nosotras.

—Bula —gritamos esperando un reconocimiento de las caras extranjeras.

—Bula —nos contestan los turistas que recientemente han aprendido que esa es la forma en la que saludamos en Fiyi.

Ya no me sorprende ver que hombres y mujeres bajan indistintamente; algunos, incluso, tomados de la mano. Las primeras veces que los vi llegar, sí tuve que preguntar por qué hacían eso: en mi aldea los hombres siempre caminan enfrente de nosotras y, si se trata de sentarnos, ocupan, sin excepción, las primeras filas.

La mayoría de los turistas que nos visitan son australianos. En el camino, han escogido a un dirigente que los represente ante el jefe de nuestra tribu, que es el padre de mi hijo de seis años.

Sé que el representante de los turistas no es un auténtico líder, pero le han enseñado las palabras que debe pronunciar y las dice como puede. Lo esencial que tiene que mencionar es que vienen en paz. Él monta su parte del teatro y nuestro jefe acepta su actuación, prepara la Cava y se la da a beber primero a él y luego a los curiosos que están

interesados en probar nuestra bebida ritual. Los hombres bailan y nosotras cantamos como señal de que han sido aceptados en nuestra comunidad.

Cada una de las mujeres de la tribu conduce a un grupo de cuatro a seis extranjeros para enseñarles nuestras casas, la escuela, la iglesia. Vamos platicando con ellos mientras caminamos.

Me hacen toda clase de preguntas. Tengo que explicarles que las mujeres no tenemos voz en nuestra aldea. Quisiera contarles que yo tengo menos voz que las demás por ser madre soltera. Cualquier asunto que tengamos pendiente, lo tenemos que tratar con el jefe de familia. Él lo lleva al jefe del clan quien se lo dice al jefe de la aldea. Por eso, mi papá me tiene que ayudar a mantener a mi hijo. Los varones no han considerado importante que el padre pague su manutención. Si yo me embaracé, fue porque sólo yo soy una perdida.

Le explico a los turistas que el poder se transmite por herencia: si un hombre se muere, pasa a su hermano y así sucesivamente hasta terminarse los varones de su generación. Sólo al morir el último, pasa al hijo mayor del hermano mayor. No les hablo de mi hijo que, al no ser reconocido, no tiene oportunidad alguna de heredar nada material.

Les explico que hace muchos años se creía que, al matar a una persona, su fuerza interna se transmitía de igual manera. Si mataban a alguno, su hermano se volvía más poderoso porque se le sumaba la fuerza del muerto. Por eso, para no tener que aniquilar muchas veces a las mismas personas, despedazaban el cuerpo en pequeños trozos y se los comían. Sólo así acababan realmente con él.

Claro, eso era antes de que vinieran los misioneros. Ahora ya no pensamos así, pero me encanta ver las caras azoradas de los turistas y, mientras nos visitan, hablo y hablo. Cuando se van, me pesa más mi carencia de voz. Aunque el gran jefe me sigue escuchando a la perfección cuando nos quedamos en la intimidad, mi asunto sigue sin arreglar. No encuentro qué puedo hacer para tener algo de poder, pero tal vez si me como algo que él quiera mucho, pueda resarcir mi vacío. Por ahora, con su perro me conformaré.

POÉTICA

DE YAMIL NARCHI SADEK

De esta vena de la mano
habrá de colgarme mi muerte.
Mi cuerpo, entonces,
penderá del viento
distinto de los otros.
Y cuando sople,
en vez de trazar
una y otra vez
la línea de su vida,
pendulará de manera extraña,
dibujando exóticas figuras
que ahora sólo imagino
como poemas.



INSCRÍBETE A NUESTROS TALLERES

TALLER DE LECTURA

Pon en marcha tu capacidad de comprensión y crea una relación entre la lectura, el aprendizaje y el placer.

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

Un espacio de aprendizaje de técnicas y estrategias para impulsar y fomentar tu creatividad.

TALLER DE APRECIACIÓN ARTÍSTICA

Aborda las diferentes corrientes y conoce los elementos estéticos que te ayudarán a apreciar cada expresión artística.

Para mayor información y/o horarios:
info@porescrito.org



FREEDOM
Kristiana Pandere



DE LA SERIE *DONDE NO ES*,
IV
Unai Matco



SIN TÍTULO
Annafuxx



SIN TÍTULO
Valeria Flores



PSEUDO-GÓTICA
Andrea Fischer



CÁLAMO
Renato Pontones



INCURSIÓN
Renato Pontones



JUST GONE – VENICE
Alessia Brun



PARÍS EN UNA ISLA
Raúl Albright



URBAN LIFE – PARIS
Alessia Brun



NIKÉ
Raúl Albright



LAS TAREAS DE BERNAL
Alex Varela

Los textos reunidos en este breve dossier son resultado del trabajo realizado por sus autoras y autores durante el XII **Diplomado en Creación Literaria** impartido por el Centro de Creación Literaria “Xavier Villaurrutia” del INBA, programa muy intenso de formación de escritores. La variedad temática y estilística de estos escritos y su diversa malicia literaria dan cuenta de los avances en la búsqueda de un registro propio. Agradecemos a la Dra. Cecilia Durán Mena su cariñosa hospitalidad para estas muestras compactas del talento de nuestros egresados.

Héctor Orestes Aguilar

Coordinador

Centro de Creación Literaria Xavier Villaurrutia del INBA

Nuevo León 91 esquina con Fernando Montes de Oca, Colonia Hipódromo

Condesa, CP. 06140, México DF.

Tel. 86 47 52 81 y 86 47 52 80

ESAS NOCHES

DE SOFÍA M. TOSCANA

Era una noche fría de invierno. Esas noches donde lo primero en acabarse son los cigarros y lo último son los besos y caricias. Pero era una de esas noches donde el insomnio tomaba silenciosamente posesión total de mi mente.

Era una de esas noches donde notabas mi inquietud en la cama y te despertabas solamente para intentar descifrar una vez más qué pasaba por mi mente.

Era una de esas noches donde jugueteabas con mi pelo, donde pasabas las puntas de tus dedos por mis hombros y cuello, haciendo el intento de que eso me sirviera para lograr la calma que el sueño me daba.

Era una de esas noches en las que las estrellas se alineaban y nuestras mentes se juntaban...

Era una de esas noches.

SÓLO CENIZAS

DE ALICIA LOZANO MASCARÚA

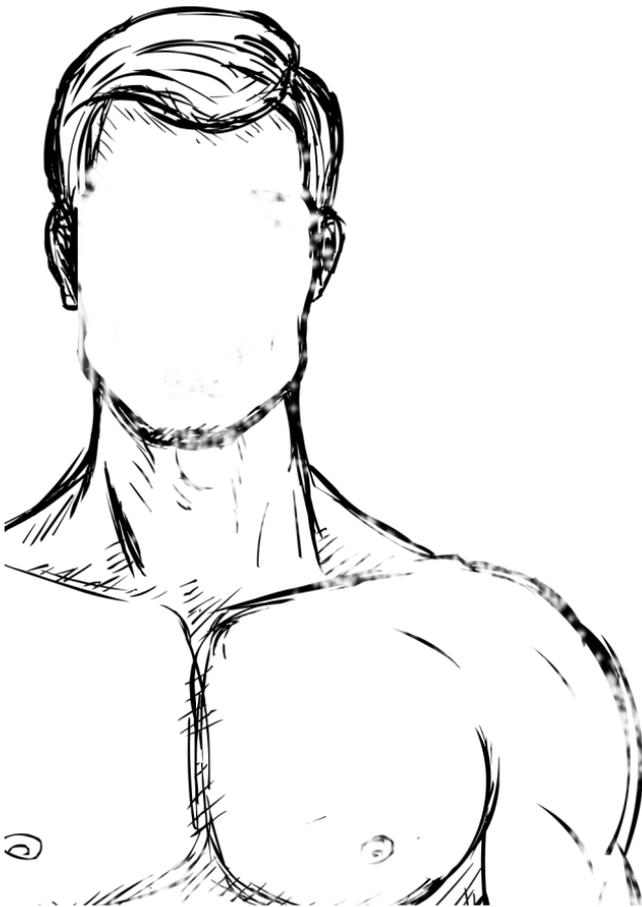
Envidia de la buena, de lo bueno que estás, mi ángel, sacerdote, sueño encarnado; envidia de las veredas que pisas en el parque, de los árboles que miras; envidia del sudor que acaricias cuando te secas la cara, de tus tenis oscuros y de los calcetines que contienen y cuidan el arco perfecto de tus pies y sus plantas rosadas. Envidia de los vellos que ascienden por la torneada firmeza de tus piernas, columnas tan flexibles; de los músculos que forman los esbeltos triángulos de tus muslos. Tanta envidia me da miedo, porque cada día que corres eres más completo, más oloroso; envidia de tu sexo que duerme ahora el sueño de tu salvación, de tu mano que lo enjabona cada día, descuidadamente para no ser tentado más que por ella, tan severa como hermosa. ¿Acaso te miras desnudo al espejo para confirmar la integridad de tu belleza?

Observo el ascenso de tu vello oscuro como un misterio en tu espalda y en tu pecho; tanta envidia junta me ha consumido como llama en el altar de la concordia. Misericordia imploro ante la rudeza de tu perfección a la que sólo alcanza mi mirada —asustada y envidiosa—, mi mirada disuelta por este deseo antiguo. Contemplo la forja de tu cuerpo cuando circundas el parque con tu anhelo immaculado, y es entonces que me imagino tallando tus brazos de cantera y puedo medir con todo rigor las infinitésimas moléculas de la inquietante curva de tu cuello, y luego, me detengo. Más que envidia entonces siento miedo de que mi deseo alcance la cóncava oscuridad de tu boca; dique, pozo secreto, umbral de tu verbo sofocante, húmedo, sonoro; fuente de parábolas y blasfemias, también de los susurros, aves suspirantes que prodigas sin piedad, de tiempo en tiempo.

Ahí me quedo muchas veces, quieta, casi muerta de envidia y de miedo, porque mi alma es frágil y vuela como un capullo temprano. Y es que para subir al cielo de tus ojos, cruzando el fuego adragonado que respiras, para subir requiero entonces de *una escalera grande y otra chiquita*. Una escalera grande

para acercarme y una chiquita para retirarme a una distancia prudente evitando caer de nuevo calcinada como la última vez que osé mirarte tan de cerca. ¿Recuerdas?

Estas cenizas que soy ahora, cenizas de la otra que fui, cenizas cada vez más escasas, sin embargo, cuando sienten el fuelle de tus pisadas acercándose en este parque sagrado, se encienden un poco todavía. No me arrepiento. Ya lo dijo el poeta: *Polvo seré, mas polvo enamorado.*



LA VENGANZA DE LA CAJA DE CHOCOLATES

DE JUAN CARLOS PADILLA MONROY

Cuando desperté, la caja de chocolates seguía ahí... atenta a cualquier movimiento que se apoderara de mis impulsos.

—Juro que no volveré a comer un solo chocolate en toda mi vida, pero debo acabar con el último.

Intenté levantarme de la cama pero fue imposible, no podía siquiera enderezarme. Mis dedos aún guardaban la evidencia, deseaba chuparlos pero no podía permitirme ese lujo hasta terminar con el último chocolate de la caja.

—Estoy segura de que puede escuchar mi respiración, lo percibo, nuestros corazones palpitan con la deliciosa paciencia con la que un lobo espera a su presa; tal vez no reconozca quién es el cazador, pero estoy dispuesta a meterme entre sus garras.

Después de agotadores esfuerzos me incorporé, miré atentamente la caja envuelta con papel lustre verde, blanco y rojo con su estúpida tarjetita:

Para mi niña adorada
Feliz Día de la Independencia

—A quién puede ocurrírsele...

El último chocolate lucía seductor, atractivo, irresistible...

—Detesto a mi hermana, la odio tanto como odio la náusea que me produce este pecado.

Me olvidé de todo, desde la ira que dominaba mis instintos hasta las pesadillas que me producía comer este delicioso néctar. Tomé el chocolate, le di la primera mordida, mi cuerpo no lo resistía, sentí desfallecer. De pronto, escuché desde la habitación contigua.

—¡Regina! ¿Has visto mi caja de chocolates?

Suspiré pesadamente.

—La venganza se ha consumado.

EL OSO VERDE

DE BERNARDO MADRIGAL

El oso verde, o *ursus parasinos*, es una especie de mamífero del orden de los carnívoros que habita en la zona de la Indochina. Se cree que hay una población aproximada de quinientos de estos, y al paso de los años, esta cantidad se ha reducido exponencialmente. Se plantea que en diez años, aproximadamente, esta especie deje de existir debido a la contaminación, destrucción y deforestación en su hábitat natural.

El primer oso verde fue encontrado cerca de Dong Giang, en Vietnam, por el biólogo japonés Xan He-Oi, en el año de 1995. Se encontraba en Dong Ginag realizando un estudio sobre la flora y fauna de esta región cuando uno de estos osos le atacó por la espalda. Él tomó su escopeta y le disparó repetidas veces hasta provocar su muerte. El biólogo cuenta que un oso verde bebé, de apenas unos días de nacido, se acercó a su madre, ya muerta por los escopetazos. Xan He-oi, alguna vez dijo para una entrevista: “recuerdo la mirada perdida del pequeño oso verde cuando vio a su madre muerta. Me acerqué a él y lo tomé entre mis brazos mientras acariciaba su suave pelaje.” Empezó su vuelo de regreso a Kioto, donde él vivía, junto con creatura verde. En una entrevista para la reconocida cadena local de noticias, *Nyusu Xhe*, comentó su llegada a casa con el oso verde: “Cuando llegué con mi esposa, recuerdo que le dije ‘Tenemos un nuevo integrante en nuestra familia’. Le llamé Toby, pues era el nombre de una caricatura famosa japonesa. Aquellos fueron buenos momentos.”

Xan He-oi realizó toda una investigación sobre esta especie, y en el 2005 publicó su libro: *El oso verde: un milagro en Vietnam*. Todo lo que se sabe de este oso es gracias a ese libro. En 2007, apareció en la portada de la revista *Time*, donde lo reconocieron como uno de los mejores investigadores del mundo. También recibió múltiples premios por su dedicación y esfuerzo en tratar de preservar la raza de los osos verdes,

recibiendo así la medalla verde por la WWF, que es el grado más alto al que pude aspirar un zoólogo.

En sus múltiples intentos por preservar a estos animales, Toby fue cruzado con diferentes razas de osos, e inclusive, en un intento desesperado, con un perro. Lamentablemente, no hubo forma de reproducir al oso verde. Finalmente, la historia de Toby llegó a su conclusión cuando murió en el 2011, debido a que un vecino le disparó pensando que se trataba de un animal salvaje y violento.

Sin embargo, el recuerdo de aquel oso verde sigue vivo en la memoria de aquellos que tuvieron la oportunidad de conocerlo. Tal es mi caso. El oso verde fue y será mi animal favorito. No es mi favorito porque camine en dos patas, ni porque solo duerma cinco horas cada tres días. Tampoco es porque su sudor huela a perfume, ni porque tenga la habilidad de chiflar, ni mucho menos porque resolvió el cubo *rubix* en 1 minuto y 53 segundos. Lo es porque es producto de mi imaginación.



INSACIABLE Y MUERTO

DE SILVIA S. CUPICH MORENO

Pedro Jimena tiene veinte años, tiene amigos, tiene familia, tiene dinero, tiene buenas calificaciones, es inteligente, guapo, pero... quiere más, nunca es suficiente, nada es suficiente, compra cosas, más y más cosas. ¡Si tengo, soy!, dice él. No es nada, no es nadie, es promedio, los demás lo ven más, él se ve menos. ¿Hasta cuándo?, dicen sus demonios, cuándo tendré, cuándo seré. Quiere huir, vivir en una cabaña *hippie*, pero sin abandonar la lujosa ciudad. Murió sólo, rodeado de cosas, su familia y amigos asistieron al funeral, pero para su espíritu no asistieron los suficientes. Aún está en el limbo, esperando ser lo suficientemente bueno o malo para ir al cielo o al infierno.



MIS LABERINTOS

DE ANA PIÑEIRO

Cada vez que me siento muerta y vacía me acerco a un camino de incertidumbre, donde una vez más, me atrevo a revolcarme con mis remordimientos. Se acercan lentamente y me susurran imágenes y sensaciones que me desvanecen las entrañas. Me recuerdan lo que fui e ingenuamente permito que moldeen con sus manos enlodadas este día.

Es familiar el sendero iluminado por el cual mis pies ya pasaron, pero a veces, prefiero permitir a las espinas enlazar mis plantas con tal de sentir los pétalos de rosas difuminarse en las palmas de mis manos.

Es tan perdurable un instante, que se pierde en lo efímero deteniendo el tiempo. Pero, ¿por qué razón es tan exquisita esta demencia? Me lo he preguntado infinidad de veces y he concluido que tal vez, en un alma con tantos laberintos, sentir la vida tan agudamente de diferentes maneras abre la llave de no solo una, sino infinidad de puertas hechas sin cerrojo. Y una de esas llaves se llama “amor”, la más valiosa, la más lastimosa.

Yo sé bien que soy difusa y admito que estoy enrevesada.

En el amor busqué la paz para mis ansias, pero nunca la encontré, pues si al principio todo es más dulce que la miel, después de un tiempo ya nada sabe bien.

Y me pregunto...

¿Te extraño? o ¿extraño tu mentira? ¿Es a ti a quien realmente extraño o a la fastuosa idea que forme de tu ser? Me encargué de hacer a un lado todas tus carencias enaltecendo tus virtudes por más banales que fueran, hasta que no pude más, o eso creo yo. Pero puede que tal vez, ahí a donde nadie podía llegar, esta ingenua mujer lo hiciera. Si es que así fue, diría que encontré diamantes donde se suponía sólo había lodo, aunque sea muy poco amable decirlo, pero no es nada que no sepas; prefiero dejar a un lado las formalidades ya que sé que disfrutas de esta imagen de embustero.

Te confieso que hacía mucho tiempo que no pensaba tanto en tí, y puedes sentirte dichoso de que lo hiciera, pues ayer por la noche decidí tirar a la basura algo de mi ego y admití que no fuiste el único culpable en este fatídico relato de amor con tal de poder volver a quererte un rato.

¿Debería negar que fuimos igualmente hipócritas o debería decir que realmente nos amamos con locura?

Mientras busco en mi ilusoria biblioteca el ejemplar de mis amores, al encontrar nuestro farisaico capítulo, la tinta con la que lo he escrito se nota un tanto borrosa. Quisiera recordar el pasado sin advertir que formé parte de la novela para comportarme como una jueza crítica, pero ¿cómo hacerlo?, sí además de que a esta joven edad mi memoria ya comienza a fallar, no puedo discernir entre la evidencia y los engaños, entre lo eterno y lo efímero, entre tu certidumbre y mis dudas, entre nuestro individualismo y nuestras ganas de darlo todo. Lo hubiera hecho ¿sabías? ¡Te juro que lo hubiera dado todo! Pero no puedes jugar a tener dos caras cariño mío ¡Aprendí a idolatrar una y a repudiar otra! Y cuando tu frontera noble y tu cielo leal se vislumbraban cada vez más lejanos me perdí en el horizonte de mis más terribles miedos, y no estuve ahí para salvarme, aunque bien sabes que te lo pedí a gritos ¡Créeme cuando digo que intente quedarme! Pero me convenciste de que no debía hacerlo.

Me di cuenta de que tras todas esas volubles mascararas se encontraba un rostro que me resultaba desconocido y temerosa decidí correr para alejarme de tí ¡Decidí que mi libro no terminaría con tu capítulo! Qué triste fue. Y aun así, mientras me marchaba, me detuve, y volteé para ver si corrías a detenerme, pero para mi sorpresa no lo hiciste. No lo hiciste porque tú, tú, amor mío, te habías marchado desde hacía ya mucho tiempo.

AHÍ ESTABA

DE MATEO MANSILLA MOYA

Ahí estaba, parado en la oscuridad frente a mí mismo. Y aunque supiera que la silueta que estaba ante mí tan sólo era un reflejo, era indiscutible que estaba tan viva como pensaba estarlo yo. Al cabo de unos minutos —en los que me miré a lo que suponía que eran mis ojos, que se vislumbraban entre titilantes sombras—, una explosión de luz apagó la oscuridad... y a mi otro yo con ella. Las puertas del vagón se abrieron de par en par y apareció, justo frente a mí, en el lugar de mi reflejo, una chica cuya mirada indiferente, cabello de otoño y olor a triste, me eran familiares. No nos movimos. Las puertas del vagón se cerraron. La chica desapareció de la estación y reapareció en mi memoria. La había visto, recordé, por entre las grietas de la madera podrida de un viejo bote en el que me había escondido la tarde de un domingo para evitar que me descubriera. Buscaba, ante mi escondida mirada, a la orilla del lago, al niño que —según los titulares de algunos periódicos locales amarillistas— había muerto ahogado horas después de la escena que se trazaba en mi mente. El chico, como podía leerse en las notas de los diarios, se había ocultado de su madrina —con quien su madre lo había dejado años antes prometiendo que volvería— en un bote, y cuando quiso volver a casa se enredó con redes que los pescadores dueños de la lancha en la que se encontraba, habían dejado sumergidas para recoger el producto de su pesca al día siguiente.

Nos volvimos a adentrar en el túnel de parpadeantes momentos de luz, y mi reflejo reapareció en la ventana del vagón. Pero algo había cambiado en él. Me aferré a la agarradera que estaba a mi lado mientras la máquina aceleraba su marcha. Mi mano sudaba frío al hacer contacto con el metal. Me observé en la ventana, pálido, triste, distante, con olor a muerto. Desapareció mi reflejo nuevamente al llegar a la siguiente estación, la última del recorrido. Las puertas se abrieron. No había nadie allí. No había nadie a mi alrededor. Al cabo de cinco minutos, las puertas volvieron a cerrarse. El encierro se tornó en bochorno, el bochorno olió a dulce, el aire se pintó de agua y las ventanas se tiñeron de azul. Afuera, por entre los mojados mecates en los que había peces enredados, aparecieron pescadores lamentándose y rodeando un cuerpo. El tren —abandonado por mamá hacía tiempo y hundiéndose ahora en mi infortunio— emprendió otra vez la marcha. Y la luz se desvaneció.

LA MUJER Y LOS ESPEJOS

DE SOCORRO GODÍNEZ

Una mujer madura se contempla en un espejo. Ve un rostro extraño, ésa no es ella, de eso está segura. La cara que le muestra el espejo tiene manchas en la piel, arrugas en los ojos, los párpados caídos, como hojas tiradas en el piso durante el otoño y un rictus de escepticismo. La cara del espejo parece de sesenta, ella tiene cincuenta, pero se siente de cuarenta. No, no es ella, o tal vez la pregunta sea, ¿desde cuándo se ve así? Presurosa, se contesta, quizá no es ella, sino el espejo, urge ir de compras, adquirir otros espejos.

ASESINOS

DE BEATRIZ GONZÁLEZ RUBÍN

La muerte de Luis Granados se convirtió en un expediente. Más, el caso se cerró y las investigaciones se dieron por terminadas; no había pruebas, ni pistas que contribuyeran a continuar la búsqueda, se dictaminó muerte por asfixia, la causa: desconocida.

Para mí, fue muy difícil aceptar que mi maestro y amigo había muerto. Lo peor de todo, es que su muerte carecía de explicación.

La última vez que lo vi, dos días antes de su fallecimiento, estaba sano y fuerte, se sentía un poco deprimido por el largo periodo de aridez que vivía, llevaba mucho tiempo sin escribir, le preocupaba no poder encontrar esos malditos finales para una serie de cuentos inconclusos. Yo intenté animarlo, argumentando que todos pasábamos por lo mismo, que este oficio es ingrato, que la sequedad temporal era característica de los escritores, que ya vendrían tiempos mejores en que su creatividad estaría en el cenit y sería capaz de finalizar todos sus trabajos. Nada logró animarlo. Nos despedimos y en mí quedó la imagen de su rostro desencajado por la preocupación.

Un mes después de su muerte, mi depresión continuaba. El trabajo se acumulaba sobre la mesa de mi estudio, la máquina de escribir se había vuelto muda a falta del contacto de mis dedos, recordaba claramente la angustia de Luis, pues yo pasaba por lo mismo. Mi novela esperaba pacientemente a que le diera un final, era imposible, la creatividad me había abandonado.

Una mañana, salí de mi apartamento a comprar víveres, mi aspecto era patético, la barba me había crecido desmesuradamente, bajo mis ojos se abrían dos abismos negros causados por las noches de desvelos, mi ropa estaba sucia y arrugada. No había sido consciente de mi apariencia, hasta que el conserje del edificio me preguntó si estaba enfermo, mi respuesta fue una negativa tajante y fría. El hombre se sintió agredido por mi actitud, pidió disculpas por haberme molestado

y me entregó un paquete con mi nombre que había llegado esa mañana.

Me quedé paralizado. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al reconocer la letra de Luis en el grueso sobre, tome el paquete y regrese a mi apartamento subiendo las escaleras como un loco. Un presentimiento me hacía pensar que en el interior del sobre hallaría la respuesta a la muerte de mi amigo. Dentro encontré cientos de hojas, algunas escritas a máquina, otras del puño y letra de Luis. La última hoja era una carta para mí, me costó trabajo entenderla, parecía haber sido escrita rápidamente y bajo una gran presión.

En ella, mi maestro me confiaba sus temores de ser asesinado, mencionaba una serie de nombres, estaba seguro de que moriría en manos de cualquiera de ellos, no daba más explicaciones, la carta terminaba abruptamente. Para mí todo aquello carecía de sentido, no conocía a ninguna de las personas que él mencionaba. Comencé a leer todas las hojas que venían acompañando la carta; eran sus cuentos sin terminar, en ellos fueron surgiendo los nombres que en su carta había mencionado, poco a poco todo fue teniendo sentido: mi amigo no murió de causa natural; lo habían asesinado todos y cada uno de los personajes de sus historias. Era una locura, pero era la realidad.

Ahora sentado a mi mesa de trabajo busco desesperadamente un final a mi novela. Soy consciente de que si aprecio mi vida tengo que terminar esta maldita novela. Cuando lo haga no volveré a escribir. Tarde, muy tarde comprendí, que no se debe dar vida a un personaje, para luego abandonarlo a la deriva. Al fin, estoy seguro de la causa de la muerte de Luis: incapaz de finalizar sus historias, murió en manos de aquellos a quienes les dio vida.

UN DÍA DE ESTOS

DE LUISA VELASCO

Entre Ellos y Nosotros se entabló una relación monstruosa, los primeros sembraron poco a poco el terror y los segundos lo cosecharon igual de lento, sin oponerse. Mientras, el tiempo iba y venía igual que los días, pero esa fidelidad al retorno terminó sin previo aviso.

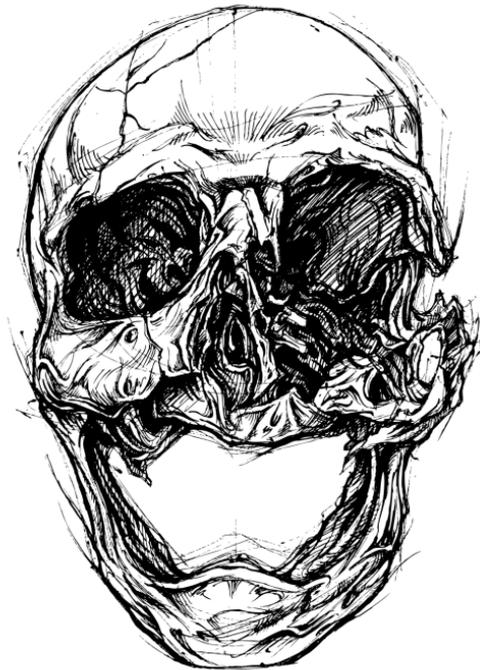
Los ataques de Ellos comenzaron por los medios. La televisión enajenó con series terroríficas de zombis donde se matan a sangre fría; dobles mensajes donde se criticaba a los maestros, a los jóvenes, a las madres en busca de sus hijos; los periódicos publicaban fotografías de imponentes camiones verdes repletos de soldados, dispuestos a cualquier cosa; por la radio, los programas adulaban las acciones perpetradas por Ellos. Mediante juegos se enseñaba a los niños a disparar a sus congéneres; las entrevistas eran sólo entre Ellos, a Nosotros no se les conocía la voz. Si algún comentarista exhibía las ruindades, era despedido sin consideración.

Más adelante, cuando cualquiera era sujeto de investigación, se fabricaron culpables; los jueces juzgaron a su conveniencia; se alentó a la gente a denunciar a los vecinos de manera anónima; en los templos se promovía la confrontación entre amigos; se retiraron los animales de los circos con el pretexto de que eran torturados para educarlos, luego fueron abandonados a su suerte.

La degradación llegó al punto de amanecer con cuerpos colgados de los puentes, narcopiñatas, les pusieron de manera chusca, cabezas con las que jugaron fútbol. El miedo inoculado prendió sin necesidad de vacunas, porque las situaciones terribles y denigrantes se sucedían. Nosotros, con tan lúgubres descubrimientos ni se inmutaban, se acostumbraron a vivir en la podredumbre e inmovilidad donde los hundieron Ellos. Los escasos temerarios que surgían eran los muertos de la mañana siguiente.

Hasta que el sol amaneció siendo un cadáver ya rígido, rodeado por sombras oscuras y pestilentes; reinaba la oscuridad

y el planeta se detuvo para ofender más a Nosotros. Entonces Nosotros, ante la nada, se pecataron que conformaban una bestia viva, dejaron de creer que eran los más felices del planeta como los mostraban las estadísticas. Eso pasaba, cuando un día de estos a alguien de Nosotros le pidieron que escribiera un cuento macabro y dibujó la realidad.



BLACK BIRD

DE ROBERTO GONZÁLEZ

Black Bird vivía confinado a una raquítica y elástica rama de uno de los álamos que abundaban en Parque Paraíso.

Igual que sus hermanos, Black Bird pudo haberse alejado para siempre de aquel lugar —a donde sus padres solían llevarles gusanos y varios otros insectos para nutrirse— desde el momento en el que ellos lo hicieron. Sin embargo, el ahora único habitante de esa desolada y lánguida extensión de la naturaleza también había sido la excepción a las parvadas arremolinadas en los aires, por la sencilla razón de haber salido sin alas del cascarón.

Con las reservas indispensables que el instinto le dictaba para no perder la vida tras el brinco al precipicio, la negruzca ave se había detenido durante varios años a contemplar, desde su lugar de origen, el paso de los días.

A esta ociosa actividad se dedicó hasta que una inquietud, superior a la experimentada cuando no encontraba alimento o agua en los resquicios de la rama, lo obligó a ir en busca de aquello que sus ojos atisbaban al pie del álamo.

Después de varios intentos y cálculos milimétricos, Black Bird tomó aire y se lanzó a lo desconocido. No sobrevivió al impacto, pero consiguió lo que más anhelaba desde hacía algún tiempo.

LUNA TERRENA (FRAGMENTOS)

DE MORGANA CARRANCO

Los terranos no conocían el antiguo poder, era nuestro deber ayudarlos. Transformé ahí donde los espíritus me sugerían y permitían. Yo creé a los lobos, a esas majestuosas criaturas, mis amigos y aliados. Juntos hemos protegido los lugares de poder y compartido nuestro conocimiento con algunos hombres.

La luna es el espejo a través del cual lo observo. Él permaneció en el Espiral porque aún no podíamos estar juntos.

Esperarlo desde Tierra ha puesto a prueba mi entrenamiento, mi paciencia, mi fe. Yo sé que nuestra conexión es eterna, es una de las fuerzas que rigen al universo. Pero nuestras energías necesitan unirse, colisionar, crear. De otra manera no están cumpliendo su propósito.

Mi don, mi magia, se disipa. Cada año me cuesta más llamarlo.

Ha pasado mucho tiempo terrano. Me he hecho vieja y presiento la muerte. No trascenderé, es demasiado tarde y no brillo lo suficiente para regresar al Espiral y volver a ser lo que fui. Sólo su presencia podría cambiar este destino que ahora parece inminente. Él me prometió que vendría. Elijo creer que así será a pesar de que esta humanidad, cada vez más mía, me haga dudar.

Los lobos, mi única compañía, me ayudan a convocarlo. Estoy tan débil que no puedo despertar los antiguos poderes sola. Por eso, ellos claman a la luna llena. Saben que lo busco, que lo vislumbro en su faz y que él dice algo que no entiendo, pues también he olvidado la lengua primigenia. Los lobos aúllan porque yo estoy llorando. Por su ausencia. Por mi soledad.

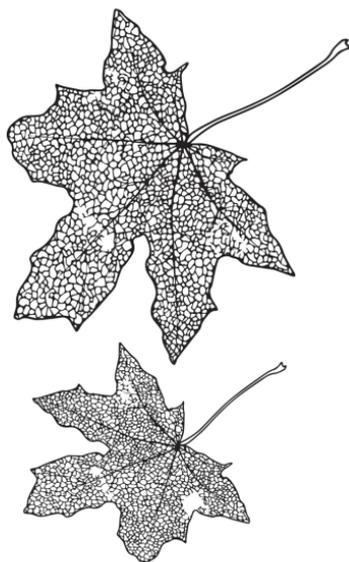
VISLUMBRAR

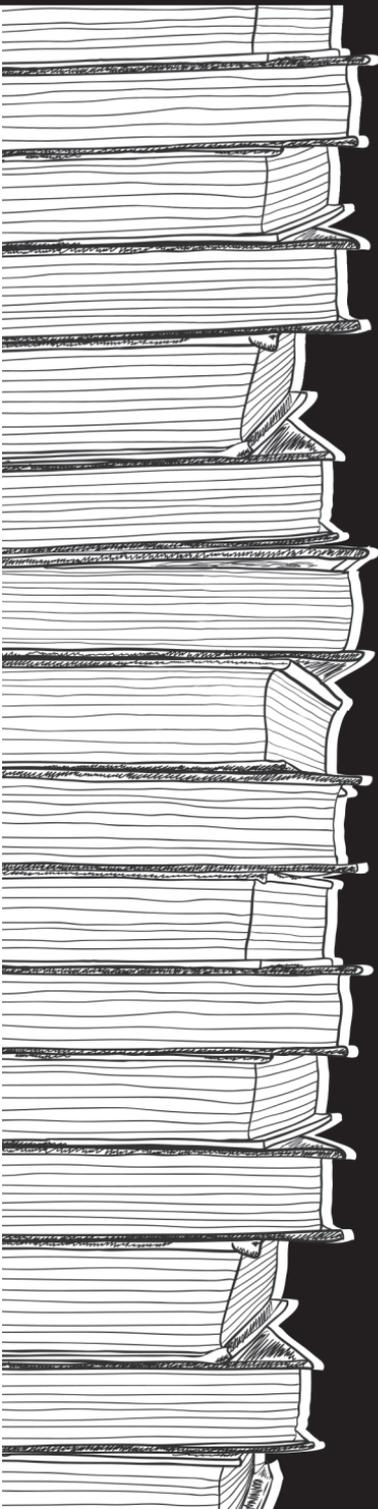
DE XCHEL GARCÍA MAGAÑA

Estaba fija hace un instante, pero ahora, parece que su frágil hilo de conexión con aquella rama está pronto a fragmentarse, y unos cuantos meneos del viento incesante harán que se desprenda.

Fue el ruido, el sutil ruido producido por oscilaciones inciertas de ramas contoneándose para rozarse unas con otras, lo que provocó perderme en pensamientos que se fueron aún más allá de la vista.

Me distraje, dejé de mirar hacia el árbol, y más tardó el movimiento de mi cabeza regresar de nuevo hacia su dirección, que la veloz separación de la pequeña hoja, la perdí de vista, y en este momento, baila en descenso junto a otras tantas en enigmática lluvia, tapizan el suelo con su estructura muerta y truenan en el piso con los indiferentes pasos de personas peor que muertas.





ASISTE A NUESTRO TALLER DE LECTURA

Los últimos
jueves de mes
de 19:00 a 20:30 horas

**Centenario No. 66,
Col. Del Carmen,
Coyoacán.**

Para inscripciones y/o
mayor información:
info@porescrito.org

Y ENTONCES, *HELENA* SE HIZO PRESENTE

DE OMAR GONZÁLEZ

Hace unas semanas a través de un tuit en cierto modo cifrado, Paulina Vieitez (@lapauliv), sugirió que “algo” estaba por venir. ¿Qué podría ser? La respuesta no tardó. Helena, la novela que bajo el sello editorial de *Suma de Letras* de la editorial Penguin Random House se ha publicado ya y era lo que estaba por venir y su autora, Paulina Vieitez accedió a platicar con el autor de este Anaquel, sobre *Helena*, esa voz “...clara, valiente y contundente” que bullía en las cuartillas que cotidianamente Paulina creaba “...por las noches...” pero que todo el día demandaban su atención como ahora demandan la de sus ya muchos lectores.

Como se sabe, Paulina Vieitez es la creadora de Circulo Sanborns “que cuenta con más de un millón de socios a 6 años de haber nacido”. Al mismo tiempo, Paulina es la conductora de “Charlas con café”, donde la suma de programas rebasa ya los 700; en algún tiempo fue también editora y “formó parte del primer equipo que colaboró en Papalote, Museo del Niño”, una de las muchas joyas que adornan la Ciudad de México.

Pero hablemos de *Helena* que surge “*A partir de una invitación de Paty Mazón, una gran editora; también de mi necesidad de explicarme las relaciones humanas en nuestro presente. La vida de las mujeres desde un punto de vista más femenino que feminista, y la de los hombres que las rodean... o viceversa*”, señala Paulina.

¿En qué momento de tu trabajo supiste que el personaje estaba logrado? *Cuando Jorge Solís, editor inicial de Helena me hizo saber que era una voz, la de ella, tan clara, valiente y contundente, que ya no podría pararla.*

En algún momento, pregunto, Helena habla de límites y parecieran agobiantes, pero ella posee una gran decisión. ¿Así la pensaste? *Conforme fui escribiendo, Helena se hizo más valiente, con una voluntad más clara pero sobretudo con una honestidad que la hizo llegar al fondo de lo que pensaba, de lo que le dolía y así sus reflexiones se volvieron*

profundas, aunque la acción, durante la novela, no pare.

Al hablar sobre los personajes de *Helena*, Paulina Vieitez sostiene que estos: *Me demandaban sentarme a escribir. Yo lo hacía por las noches pero ellos se me aparecían todo el día diciendo sigue, sigue.*

Con frecuencia, le pregunto a Paulina, se dice que el escritor es un personaje incómodo con la realidad, a lo que ella señala que sí, que: *Definitivamente. Necesitas más que lo que la realidad ofrece y la maravilla de la narrativa es que puedes abrir o cerrar las puertas y ventanas que tú quieras y hacer que sucedan cosas impensables. Al grado tal que Helena se convirtió en algo: Muy necesario. Hacer una pausa en mi vida cotidiana. Reflexionar sobre lo que me inquieta y ante lo que no puedo permanecer indiferente. Procurar ser una voz que invite a la reflexión y a la aventura, que mueva a otras mujeres y a los hombres a quienes les llegue a sus manos.*

Actualmente Paulina Vieitez asiste al Taller Literario de Beatriz Rivas (autora de, entre otros textos: *Amores adúlteros y Amores adúlteros... el final; Todas mis vidas posibles, Fecha de caducidad*, aportando sobre todo mezcales y poesía erótica. *Helena*, la novela que Paulina ha escrito, tuvo en Ildefonso Falcones (*La catedral del mar, Los herederos de la tierra*, entre otras novelas), un colega generoso “a grado tal” dice Paulina Vieitez que: *revisó el manuscrito, me hizo comentarios y después me regaló la nota más atinada que jamás imaginé. Aparece efectivamente en la contraportada. No tendré nunca cómo agradecerle ese gesto de amistad genuina y ese espaldarazo.*

Finalmente, ¿qué vendrá después de *Helena*?: *Espero tener éxito en su vuelo para poder seguir con las historias de Clara y Francisca y que se pueda convertir en una trilogía muy leída.* La novela de Paulina Vieitez, *Helena* está ya a la venta, circula con éxito, hace su camino, emprende su vuelo diría la propia Paulina, y el vuelo, sin duda, será exitoso.

PEREZA VEGETAL

DE ALICIA LOZANO MASCARÚA

Siempre se había sentido como un árbol, como un tronco. Su madre le presagió, ya desde chiquito, que sería fuerte, como roble...y dormía profundo, como tronco. Ella se había visto obligada a entrar en su habitación para hacerle cosquillas en los pies cuando pequeño, rociarle la cara con un poco de agua fría, de joven, y ya de adulto, prender la televisión a todo volumen en el canal de las noticias superalarmistas. Así, alarmado, era la única manera en que despertaba. A veces amanecía en medio de un incendio; otras, a punto de ser atropellado en el Periférico, o a bordo de una ambulancia sobre Ejército Nacional. Fuerte y quieto como roble, dormía como tronco de tal.

Aquel día, sin embargo, algo había cambiado. Se sentía como un laaargo tronco tirado en medio de una vegetación abundante. Quizá estaba soñando, de cualquier modo, percibía algo diferente.

Usualmente, sus compañeros de trabajo bromeaban con el tema. “Despierta, Robles, muévete, parece que estás plantado, y solamente los efluvios de la primavera logran que movilices órganos y tentáculos, que tus ramas bailen la danza del cortejo, que sacudas tus semillas, febril como la estación que te reanima.”

Pero ahora... empezó a recordar...

Tan letárgico su cuerpo como su espíritu, hacer el amor era para él como dejarse resbalar en sus amantes, -pasajeras, como las estaciones-, untándose poco a poco en sus cuerpos; era humedecer y ser humedecido con lenta, escrupulosa y paciente lascivia vegetal. Algunas de ellas habían llegado a sugerir que disfrutaban especialmente su languidez y parsimonia, un cierto matiz tierno, femenino.

Ahora, los recuerdos empezaban a aparecer entre las brumas de su mente. Había conocido a una... ¿amazona?, tuvo con ella un coito tropical y salvaje como la selva del Sureste. Ella se había adueñado lenta pero ferozmente de los sentidos de Robles, le había impuesto su ritmo una y otra vez, un ritmo

lúbrico e incansable, a pesar de su letargo de tronco. Robles había finalmente respondido al dominio dulce y fiero de esta guerrera, a quien encontró en el bar del pequeño pueblo tropical al que había acudido a vegetar sus vacaciones.

Y de tanto coito ininterrumpido, al parecer, Robles había sido fecundado. Yacía ahora —efectivamente— como tronco en medio de la selva húmeda y siempreviva, cálida, siempre en movimiento. Raíces interminables nacían de su columna hacia lo oscuro y profundo de la cóncava tierra: de sus brazos crecían ramas también interminables y extensas; había retoños salpicados aquí y allá sobre su cuerpo, incluso alcanzó a percibir algunos nidos acunados en lo que antes fueran sus cabellos.

Aquel día se sintió al fin completo, cuando al terminar de despertar descubrió, afianzada y reptante, desde el tronco de su tronco de roble, y a lo largo de todo su cuerpo, a una grácil enredadera, a una hermosa parásita quien, vencida por el cansancio de tanto amor enfebrecido, había caído a su largo y abrazaba su ancho, entregada, libre y satisfecha. Las primeras orquídeas silvestres emergían sin prisa y sin pausa— en la cálida media tarde tropical, sobre el tronco de Robles; tronco enraizado profundamente en esa selva, hasta el fin de los tiempos vegetales.



CONSEJO EDITORIAL

Editora General

Cecilia Durán Mena
Cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva

Andrea Fischer Durán
Andrea@porescrito.org

Diseño Editorial

Oh la lab! Laboratorio Creativo S.A. de C.V.

Fotografía de portada

Alessandra de Zaldo

Digital

www.porescrito.org

Ventas y Suscripciones

ventas@porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org

Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma.

Pretextos literarios por escrito



es una revista bimestral. Número Siete. Editora responsable Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102.

Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la Publicación: Centenario 66, Col. Del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.

Impresor: Imprecen SA de CV, carretera Guanajuato-Juventino Rosas, Km 12, Col. La Carbonera Guanajuato, Guanajuato.

Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V.
Centenario 66, Col. Del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.